La edad infinita

Miriam Reyes

hasta regresar de lo que huimos

María Fernanda Palacios

Antes de entrar a clase formo en el patio y canto «Gloria al bravo pueblo» mientras alguien iza una bandera que unas semanas atrás desconocía: tu bandera. No es un mecanismo de polea lo que la hace subir hasta la punta del mástil sino un canto. El de un ejército de niñas entre las que me cuento vacilante. Quinientos tiernos pares de pulmones, ordenados por curso en filas paralelas, se llenan con el aire todavía fresco de las siete de la mañana para inflamar las palabras gloriosas. «Gritemos con brío» (bis), «¡Muera la opresión!» (bis). Es el primer himno que aprendo, la primera bandera de la que conozco el significado de sus colores. Levanto mi voz, no en rebelión, sino en disciplina. Ignoro que el yugo, las cadenas, la opresión y el despotismo que derriba la canción son españoles, como me dicen que soy, mientras que el bravo pueblo, la virtud y el honor son venezolanos, como me dicen que no soy. Yo también quiero, siempre he querido que muera la opresión. Me inflamo como la que más cuando vuelvo al estribillo y nada dentro de mí me hace pensar que no pertenezca al bravo pueblo al que glorifico desafinando.

Continúan nuestras filas perfectamente ordenadas mientras subimos a las aulas manteniendo la distancia equivalente a un brazo extendido. Con la virtud y el honor todavía endulzando mi boca, repito en voz alta: Chama, Motatán, Catatumbo. Chama, Motatán, Catatumbo. Chama, Motatán, Catatumbo. Lo nuevo percute y retumba en mi cuerpo. Chama, Motatán, Catatumbo. Así corren los ríos en mi nueva realidad. Como bombeados por un corazón.

Hay un árbol nacional y una flor y un pájaro. Montañas que no se llaman montañas y tienen forma de conos truncados. Árboles que crecen en el agua. Pájaros de colores alegres y gruesas lenguas negras. El salto de agua más alto del mundo, el tercer río más caudaloso del mundo. Hay próceres, con sus avenidas, sus billetes y sus sellos, y un libertador del cielo y de la tierra. Recibo más información de la que alcanzo a ordenar. La voy colocando toda amontonada, para cuando pueda poner cada cosa en su sitio.

Tengo ocho años. Con las pupilas dilatadas imagino lo que leo en los libros. ¿Había todo esto en el lugar del que procedo y nadie me lo enseñó? ¿Procedo de un país? Seguro que no. Procedo de la casa de mis abuelos. De un cuarto sin ascensor en un pequeño edificio de protección oficial frente a la Estación de San Francisco. De esos sesenta metros cuadrados. O tampoco. Más bien procedo del espacio que esos cuerpos abrían para mí. No de la casa sino del abrazo de los abuelos. Ahí tenía yo mi lugar antes de conocerte.

Admito que nada más llegar te vi como una cárcel. Muy pronto te convertiste en mi hábitat preferido, yo perfectamente amoldada a ti. Más tarde, fuiste mi manicomio, mi isla del tesoro y mi sala de fiestas, todo a la vez.

Desde hace unos años, mi paraíso perdido.

Conservo una foto de esos primeros días de colegio. La falda plisada más larga de lo necesario, también demasiado grandes las gafas de miope haciendo equilibrio en la carita pálida. La mano derecha en la cintura. La cabeza ladeada. El gesto serio. No sé si triste.

Algunas noches esa niña viene a hablarme. Viene en sueños a quejarse de que piense en ti más de lo que pienso en ella.

Le miento. A veces parece que me cree, que es la niña inocente, la fácil de engañar. Otras, me acusa de no haberla amado nunca. De ser un estorbo para mí igual que para los demás. Un desamparo que preferí evadir.

Quiere que todo gire alrededor de ella. No entiende que te necesite. Piensa que es a ella y no a ti a quien debería dirigirme. Intenta manipularme. Con su voz quejumbrosa me conduce al valle que añoro. El valle descansa sobre una falla, como la niña. Es el lugar del sismo. La montaña que lo rodea es verde e imponente; parece que quiere proteger al valle de algo, aunque el valle en sí no es un paisaje bucólico susceptible de ser arrasado por huestes enemigas, como pudo haberlo sido. Ya lo sabes, es una ciudad con millones de habitantes y millones de vehículos: contaminada, caótica, amenazante y viva. A pesar de las moles de cristal de espejo que queman la vegetación a su alrededor, el verde no

que sigue creciendo exuberante dentro de ella. Si no quiero acabar calcinada, debo moverme con sigilo y prestar mucha atención al terreno. Puede que me crea a salvo en el patio del colegio o en una playa de arena colorada, cuando, de repente, la tierra tiembla, se activa el volcán y su lava me alcanza. Entonces me maldigo por haber ido a buscarla y juro que no volvería a ser la niña por nada del mundo. Te aseguro que si fuera la única manera de volver a ti, no volvería a ti. Pero también el escarmiento pasa y se me olvida. Como todo.

Para ubicarme en la selva voy dejando letreros:

El colegio es el lugar de la ley.

La noche es el lugar del miedo.

La casa del rrei es el lugar del miedo y de la ley.

El corazón es el lugar de la rabia.

Sé que la niña está en el origen de todo. No puede ser coincidencia que llegue hasta ti en 1983. Los padres podían haber esperado un poco más para ir a buscarla, podían haberla dejado para siempre con los abuelos. Cinco años, diez años, quince. Continuar enviando dinero todos los meses, llamar en su cumpleaños. Eso hacían muchos. Era más barato y más práctico. Dejarla en el pequeño colegio de la pequeña ciudad de provincias donde nació, compartiendo un sofá cama con su prima. No serían los primeros ni los últimos. No puede ser coincidencia que consigan dinero prestado para ir a buscarla justo ese año, ese 1983 en el que la idea de continuidad se quebró para ti también.

Si pensara que todo tiene un sentido oculto y misterioso en lugar de pensar que todo sucede por azar, diría que la niña te estaba predestinada. No me faltarían señales para creerlo. Por ejemplo: el nombre del barrio donde la niña vivía antes de conocerte es el mismo que el primer nombre castellano impuesto al gran valle donde se levantó la ciudad. Sé que la niña subió a un avión, cruzó un océano y aterrizó del otro lado de la noche, pero a veces pienso que esa es la ficción. En realidad, atravesó un portal escondido dentro del pequeño túnel ciego de la Estación de San Francisco, en Ourense, y apareció bajo la copa frondosa de una ceiba centenaria, frente a la puerta de la iglesia de San Francisco, en Caracas. Y lo hizo en la madrugada umbral entre el bicentenario del nacimiento del libertador y el aniversario de la fundación de la gran ciudad.

Qué destino era ese de la niña, que no se dio.